

La necesidad de romper esquemas

Cuántos tópicos, prejuicios, buenas intenciones con perjudiciales consecuencias rodean el mundo del niño y la lectura. En conversaciones y artículos nos hallamos con una serie de juicios o valores aceptados como verdaderos que tienden a ocultar, de forma consciente o no, una compleja realidad. Planteamos la sección Pido la palabra como una tribuna donde los especialistas tengan la posibilidad de cuestionar estos lugares comunes.

A pesar del considerable avance alcanzado en el proceso de normalización del libro infantil y juvenil como un apartado más del continente literario creador, sin otros adjetivos que los que atañen a su ubicación de género, sigue siendo necesario justificar, explicar, considerar y, en definitiva, defender la opción del escritor o escritora que, por libre elección, por preferencia o porque sí, centra su actividad literaria en la producción de libros que también pueden leer los más jóvenes. Como en todos los procesos o ejercicios relacionados con las minorías, existir como escritor de LIJ cuesta más. Sería engañoso creer que los prejuicios hacia este ámbito de la literatura han desaparecido. En general, se han dado pasos considerables en el mundo de la edición, quizás porque los editores, aparte de saber que no deben tirar piedras contra quienes anualmente colaboran a engrosar buena parte de sus listas de ventas, han aprendido a asistir al proceso creativo que se esconde detrás de la elaboración de un libro para niños. Descubrir ese entramado les ha llevado a la sensibilización hacia este ámbito, y de la sensibilización ha llegado el resto.

Otros sectores profesionales, como el de la biblioteca o el de la escuela, hace tiempo que han depositado en el libro infantil y juvenil buena parte de sus más sinceros desvelos, aunque todos conocemos a responsables de bibliotecas que mantienen la atención invulnerable al fondo infantil y juvenil de las instituciones en las que trabajan con una denodada dimensión militante, lo cual también permite descubrir prácticas solapadas, “en contra de”, quizás debido a la rutina profesional de quienes todavía miran con desconfianza esos “libritos” repletos de ilustraciones.

Queda por librar la batalla –y todos los sabemos– de los medios de comunicación, los cuales, cuando atienden al libro infantil, lo hacen desde el clamor de lo excepcional: premios, campañas o éxitos editoriales que se convierten en fenómenos mediáticos. Las páginas de críticas y novedades literarias siguen, en general, vedadas a los libros infantiles y juveniles, salvo cuando un autor de renombre en la literatura sin adjetivos decide publicar algo que, saliéndose del canon de lo serio, se salva por ir acompañado de la firma de un autor serio. También la

celebración de determinados momentos del año (el inicio de las vacaciones escolares, la llegada de la Navidad) franquea parcialmente las puertas de suplementos y secciones de cultura a esos otros libros y autores que, el resto del año, no existen. La invisibilidad: he ahí el mal que, en general, sigue aquejando a la LIJ en los medios de comunicación generalistas. Pero asombra comprobar cómo buena parte de los prejuicios más acendrados en contra de la LIJ parecen mantenerse de forma más empeñada precisamente entre los escritores de literatura para adultos. Y llama la atención de una forma hiriente cuando alguno de estos comete la debilidad de escribir un libro para niños y, acto seguido, se siente en la necesidad de lavarse las manos públicamente. ¿Acaso quién conoce los vericuetos de la creación literaria por recorrerlos habitualmente, considera los que se transitan dentro de la literatura infantil y juvenil simples corredores sin obstáculos propicios para ensayos de principiantes? Del mismo modo, debemos preguntarnos —y ésta es una de esas preguntas que atañen directamente a los que trabajan en el sector del libro para niños y jóvenes— por qué es tan infrecuente el afán de la innovación, de la búsqueda de un estilo propio o generacional, que permita el encuadre de las obras de este género en las corrientes en las que los estudiosos de la literatura dividen épocas y promociones literarias. ¿Será que, de algún modo, queda implícita la idea de que los que escriben para niños no pueden ni desean ni siquiera pretenden reinventar el discurso literario anhelando el hallazgo de la originalidad?

Una de las funciones del escritor de literatura es, a mi entender, romper esquemas mentales, fundamentalmente a través del sencillo pero difícilísimo ejercicio de ver la realidad desde otro ángulo. La mirada del escritor es quizás una de las grandes aportaciones que la literatura hace a la sociedad, y ha sido gracias al cruce de miles de miradas leídas como nosotros, lectores y lectoras, llegamos a entender la realidad de una forma literaria. De modo que llegue a interesarnos más cómo sabe un alimento o a qué huele una flor por la experiencia literaria que, realmente, a través de la experiencia real, a veces, en contraste con la mirada que nos ha dado un escritor, estremecedoramente decepcionante. Esa mirada de escritor se



© Masereel *Mein Studien Buch* (München: Kurt Wolff, 1928)


teje con diferentes hebras entrecruzadas. La urdimbre de la verdadera literatura surge de una apuesta creativa genuina en la que estilo y argumento, forma y fondo, dialogan entre sí de un modo tan intenso y estrecho que llegan a fundirse en una nueva e inseparable realidad: el texto literario. ¿Se aleja tantos de estos objetivos el trabajo de algunos de los hombres y mujeres que dedicaron y dedican lo mejor de su actividad literaria a la creación de textos para la infancia y la juventud? Diríamos que las obras de este ámbito que han quedado, que han llegado a canonizarse bajo la etiqueta de clásicos, lograron esa consideración porque, en determinados momentos, ayudaron a cruzar rubicones estilísticos, formales y temáticos que sirvieron para engrandecer los límites de la LIJ, si, pero también de la literatura en general. Sin Lewis, Dalh, Rodari o Lindgren, por citar sólo unos cuantos, las biblio-

tecas de todo el mundo estarían manifiestamente vacías de un contenido imprescindible. Quizás porque con sus miradas de escritores sin prejuicios se atrevieron a hablar de otro modo no sólo a los niños y jóvenes, sino también sobre la vivencia de la infancia y la juventud.

Por lo tanto, se trata de romper esquemas. No romperlos gratuitamente. Reformular, redescubrir (incluso directamente descubrir) o deconstruir esquemas que nos permitan ver la realidad ficticia o la ficción real de otro modo, de ese modo que, tamizado por la belleza formal, llegue a nosotros para quedar. Para convertirse en parte de nuestro imaginario lector. Y para ser arte. Manguel recuerda con delectación el sabor de las galletas de jengibre que efectivamente todos saboreamos a través de la lectura de los libros de Enid Blyton (esa proscrita para muchos), incluso cuando no teníamos ni remota idea de lo que era el jengibre. Recientemente, una editorial española tuvo la ocurrente idea de promocionar una reedición de la colección de "Los cinco" acompañando a los primeros títulos de la serie, coquetamente atados con un lazo de tela escocesa, de una cajita de las galletas de jengibre inglesas de toda la vida. ¿El resultado? La decepción. Porque nada sabrá en nuestro paladar tan delicioso como había resultado nuestra degustación imaginaria de las citadas galletas en las meriendas literarias de los cinco amigos ingleses de cuya pandilla muchos deseamos formar parte alguna vez.

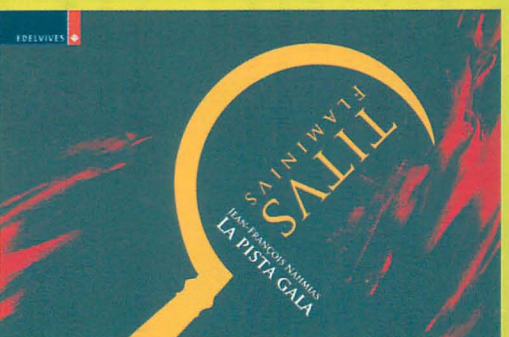
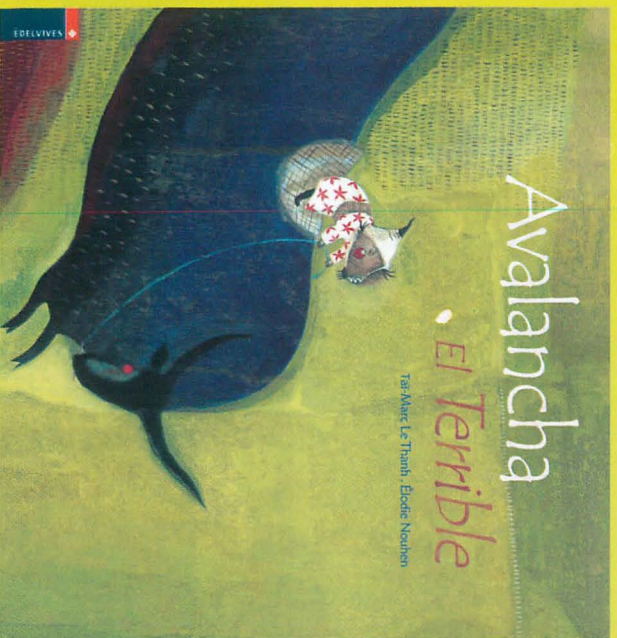
De la importancia de estas experiencias lectoras inaugurales hablan ejemplos citados por todos y cada uno de los lectores que después se convirtieron en escritores. Y casi

todos, entre sus lecturas de cabecera, aquellas que sirvieron para romper por primera vez sus esquemas preestablecidos, citan alguna obra de la literatura infantil y juvenil universal. ¿Será pues que la LIJ tiene mucho que ofrecer en esa búsqueda por ver el mundo de otro modo? ¿Será que los escritores de LIJ también deben responsabilizarse, desde el principio, en ese trabajo de ofrecer la otra mirada, la mirada del escritor sobre la realidad circundante? Llegamos, entonces, a la conclusión de que también las excelentes obras dirigidas a niños y jóvenes se deben a un esfuerzo creativo y estilístico que en nada, salvo en la consideración de esos lectores en proceso de maduración entre sus receptores potenciales, se diferencian de las que se escriben para adultos.

La pregunta es: ¿sucede siempre así? ¿Es eso lo que les piden los editores a los escritores de LIJ? ¿Es eso lo que se propone un escritor de LIJ entre sus objetivos principales? Y una pregunta más, al hilo de la actualidad editorial: ¿caben esas propuestas de autor en muchas de las colecciones que actualmente inundan el mercado? 

Xosé A. Neira Cruz

Escritor y profesor de la Universidad de Santiago de Compostela. Entre los años 2000 y 2004 formó parte del comité ejecutivo de IBBY. De 2002 a 2004 fue presidente del jurado internacional del premio IBBY Asahi Reading Promotion. Es director del área infantil y juvenil de Editorial Galaxia y director de la revista de LIJ *Fadamorgana*. Ha sido nombrado comisario del 32º Congreso Internacional de IBBY, que tendrá lugar en Santiago de Compostela en 2010.



NOVEDADES
A PARTIR DE 8 AÑOS
Avalancha, el terrible
Huerto del limonar. Antología del 27
JUVENIL
La pista gala
El misterio de Eleusius

Libros que hacen lectores

EDELVIVES

www.edelvives.es